

LA UNIVERSIDAD EN PELIGRO

Carlos Casanova
Maestría en Filosofía
Universidad Simón Bolívar
casanova@usb.ve

Resumen

Los clásicos griegos lograron que se diferenciara en la sociedad el ámbito de la vida académica de los ámbitos político y económico. Occidente recibió esta diferenciación y la concretó en las universidades como ámbitos de búsqueda de la verdad y de transmisión del saber con independencia frente a los poderes políticos o económicos y a cualquier grupo de interés. Hoy en Venezuela se halla esta institución en peligro, entre dos tendencias opuestas que desconocen su naturaleza: la demagógica que quiere someterla al gobierno, y la liberal que quiere someterla a grupos económicos.

Palabras clave: Autonomía universitaria. Vida académica. Tiranía. Neoliberalismo.

THE UNIVERSITY IN DANGER

Abstract

The Classical Greeks have distinguished the academic and the political or economic life. The Western World accepted this distinction, and because of it have created the Universities as the home of research and educational centers. This home must be free from political or economic interests. Today in Venezuela this institution is in danger, between two opposed tendencies that ignore her nature: the demagogic one that wants to subject it to the government, and the liberal that wants to subject it to economic groups.

Key words: University autonomy. Academic life. Tyranny. Neoliberalism.

En la platónica Apología de Sócrates puede verse al maestro defender su vida del embate de la masa seducida por los demagogos. La voz serena del acusado llama a obrar según la virtud propia de cada uno —la sinceridad en el caso de los oradores, la justicia en el de los jueces—, y no conforme a los movimientos caprichosos que en el interior de cada uno susciten la adulación, la antipatía o el miedo.

El discurso no se pronunció en vano, a pesar de que el reo resultó condenado a muerte. Quedó sembrada en Atenas una semilla de la que nacieron robustos árboles en todo el mundo que heredó la vida académica de los griegos.

En esta misma fuente puede verse en qué consiste dicha vida. Sócrates casi nunca se mezcló en la política, salvo arrastrado por la necesidad, porque sabía que, de otra manera, muy pronto habría abandonado este mundo. Era demasiado bueno para adaptarse a la ciudad corrompida que resultó de las reformas de Pericles y Efiltes y de la Guerra del Peloponeso. Sólo en dos ocasiones se vio inmiscuido en asuntos públicos. Cuando el populacho se deshizo de los generales victoriosos de la batalla de las Arginusas, él fue el único que se opuso a tamaña injusticia e hizo un llamado a respetar la ley, cosa que casi le cuesta la vida. Y cuando los treinta tiranos que presidían el régimen oligárquico que impuso Esparta a Atenas querían hacer cómplices de sus fechorías a todos los ciudadanos respetados, quisieron que Sócrates y otros cuatro les llevaran desde Salamina a León, para ejecutarlo luego sin juicio, pero el filósofo se negó en redondo y se marchó a su casa. Entre tanto, los otros cuatro cumplieron la orden. Esta desobediencia le hubiera costado la vida, de no haber caído el régimen al poco tiempo.

Tampoco se dedicó Sócrates a cuidar sus propios asuntos. Vivió y murió pobre, para la cólera de Jantipa, su mujer. No fue su vida la de los artesanos o comerciantes, que se dedican a cuidar sus intereses privados, aunque indirectamente contribuyan también al interés común. Más bien, se consagró a la obediencia del dios de la sabiduría, Apolo, a buscar la verdad; y, como un tábano que aguijoneaba al buen caballo, aunque perezoso, que era la

ciudad de Atenas, se dedicó también a recordar que nada era más importante que el saber y la virtud. A desenmascarar a los que se tenían a sí mismos por sabios, sin serlo; y a suscitar un amor más fuerte por la bondad de los caracteres que por la riqueza o la fama. Y con esto prestó un gran servicio a la polis, y a todo el mundo helénico. Pudo conservar la vida más tiempo que si se hubiera mezclado en política, y pudo, de ese modo, corregir las costumbres de muchos jóvenes, dejar sembrada una semilla para el bien de los hombres.

La vida de del filósofo no fue, por tanto, vida política. Menos aún, vida privada. Con él apareció una nueva dimensión pública, distinta del poder, y superior. En ella se encuentra la vida académica, que debe gozar de la libertad de espíritu de que gozó Sócrates y cuya relevancia fue comprendida luego por todos los gobiernos dignos de este nombre.

Platón fue el primer gran continuador del maestro, aunque no el único. Su vida y sus escritos pueden servirnos para arrojar una nueva luz sobre este punto. En su famosa obra, República, la prudencia y la sabiduría están fundidas y contrapuestas a la dóxa de la multitud. Por ello, el gobierno mejor es el de los pocos que pueden llegar a ser sabios-prudentes, el gobierno de los reyes-filósofos.

La experiencia de Siracusa, donde intentó educar al tirano Dionisio, sin ningún éxito y con gran peligro para su vida y su libertad, lo lleva a percatarse de que hay un espacio entre la acción política y el contemplar la verdad. El fruto de ese percatarse fue que se retirara al trabajo de la Academia, de la escuela que había fundado. Aunque ésta, en vida de Platón, no perdió la esperanza de influir benéficamente en el curso de la política helénica, pero sin fundir la contemplación (el Espíritu) y la acción (el Poder)¹.

Años más tarde, Corisco y Erasto acabaron el ciclo de estudios en la Academia y volvieron a su pequeña ciudad en el Asia Menor, Escepsis, admirados por todos sus compatriotas. Su fama llegó a Atarneo, una ciudad vecina. Reinaba allí Hermias. Este astuto tirano que contaba con el apoyo del

Sátrapa persa quiso conocer a los distinguidos jóvenes, y se interesó por la sabiduría. Se estableció así una comunidad de académicos en cuyo seno se encontraba el hábil político. Platón, al enterarse, quiso darles algunos consejos, recogidos en la Carta VI. En lo tocante al saber, Hermias debía sujetarse a la instrucción de Corisco y Erasto, pero en lo tocante a la acción él debía llevar la batuta. El gobierno se dulcificó y se hizo más sabio, hasta el punto de que muchas ciudades se sometieron voluntariamente a Hermias. Su poder creció y el Sátrapa quiso ponerle freno. Comenzadas las hostilidades por los persas, no pudieron derrotar a los griegos del Asia en el campo de batalla. Pero por medio de engaño y traición lograron los bárbaros apoderarse de Hermias y crucificarlo². Lo que importa ahora de este episodio es notar que Platón había ido ya distinguiendo el saber contemplativo del saber propio de la acción política.

Pero es Aristóteles quien más claramente alcanza la distinción técnica en el libro VI de la *Ética* a Nicómaco (capítulo 7): la sofía (o sabiduría) no es frónesis (o prudencia) ni conocimiento político, porque la primera versa sobre los seres más altos o dignos y los segundos sobre el bien del hombre, y el hombre no es el ser más digno, sobre él se encuentran los dioses. Tampoco la ciencia es frónesis. Como se dice en el libro I de la misma obra (capítulos 5 y 13), la vida contemplativa en general es distinta de la vida práctica o las virtudes dianoéticas de las éticas.

Todas estas distinciones antropológicas son las que nos permiten comprender cuál es el lugar de la Universidad en la vida social y la razón última de la autonomía universitaria. La Academia es la encarnación en instituciones de la vida contemplativa racional (no tanto la mística³), de la sabiduría y de las ciencias. Por ello es un error pretender que la Universidad pase a la acción directa. Sería desvirtuarla y, a la larga, destruirla. No tiene sentido que sea un partido político ni un grupo guerrillero, ni siquiera que sustituya a las escuelas primarias o secundarias. Tampoco tiene sentido que se someta a un partido o a un grupo gobernante. En su seno debe poder buscarse la verdad sin sujeciones a intereses de grupos particulares comprometidos en la praxis.

Venezuela pertenece a la tradición occidental y se ha beneficiado del bien de la Academia libre desde que se estructuró suficientemente en el siglo XVIII. Nuestra universidad colonial era independiente del poder político. Y en ella había mucha más libertad de cátedra de la que se le suele atribuir, como dejó fuera de toda duda el estudio de Caracciolo Parra León, en su obra *Filosofía universitaria venezolana: 1788-1821*.

Sin embargo, la Guerra de Independencia y la imitación del modelo napoleónico puso en peligro la autonomía universitaria. Guzmán Blanco despojó a las universidades de sus bienes rentales y las sujetó al presupuesto. Por este medio quiso domesticar a la Universidad entonces más conservadora, la de Los Andes. Y lo siguió en su empeño Joaquín Crespo. Pero tropezaron con una resistencia tenaz, en particular del Rector Heroico, Caracciolo Parra Olmedo, quien, con la colaboración de un abnegado cuerpo de profesores, logró no sólo que la Universidad siguiera funcionando a pesar de la hostilidad del gobierno, sino que creciera en recursos técnicos (muy especialmente de la biblioteca y del observatorio astronómico, fundado durante su gestión) y se consolidara⁴.

En el resto de Hispanoamérica se sintió también la influencia napoleónica. Las universidades estaban despojadas de su autonomía. En 1918, sin embargo, estalló en Córdoba (Argentina) la famosa revolución que la reconquistó para las universidades hispanoamericanas. Sus ecos alcanzaron a todo el continente. En Venezuela se dejó sentir sobre todo tras la caída de Gómez⁵.

Pero la búsqueda libre de la verdad parece a los bárbaros una pérdida de recursos y de tiempo. Era la objeción que hacía a Sócrates el espantable sofista Calicles, según el *Gorgias* de Platón: está bien filosofar, dedicarse a la contemplación, en la niñez y la juventud, pero en la plena madurez de la edad no es más que un desperdicio. La historia misma responde de modo contundente a la objeción: los países en los que se respeta la búsqueda de la verdad están más sanamente estructurados que aquéllos en los que el activismo o la simple barbarie impide comprender la vida contemplativa.

Pueden darse, sin embargo, dos respuestas de mayor calibre teórico. La primera, es la que apunta Aristóteles en el libro I de su *Ética a Nicómaco*: las cosas más nobles no pueden ordenarse a las más bajas y, por ello, son inútiles, porque son el fin al que se ordenan las otras. La segunda, que, así como son necesarios los jueces para que resuelvan desinteresadamente las controversias que suscitan las transacciones, también son necesarios los académicos, hombres que, con independencia de los intereses particulares de grupos económicos o políticos, busquen caminos teóricos, prácticos y técnicos por los que discurra la vida social.

Hay un par de obras en las que puede palpase vivamente esto. El Regente Heredia de Mario Briceño Iragorry, que narra la vida de un hombre justo y lúcido que vio, más allá de los odios de realistas y patriotas, lo que convenía a la América española, pero no fue oído porque la barbarie se apoderó de los espíritus hasta arrasarlo casi todo en Venezuela. Y las Tres versiones rivales de la ética de Alasdair MacIntyre.

Tocamos aquí un problema delicado. Cuando se estructura una sociedad, se establece un reparto de los bienes. Este reparto, como enseñaban los clásicos —Platón al inicio del libro IV de su *República*, con la alegoría de la estatua policromada; y Aristóteles en el libro V de la *Ética a Nicómaco*—, debe obedecer a una igualdad proporcional, si quiere ser justo o estar bien hecho y evitar los odios entre clases y las revoluciones. Pero en nuestro tiempo, y muy marcadamente en Venezuela, hay flujos de pensamiento y emoción —equivalentes a los partidos griegos antiguos, oligárquico y democrático— que niegan que exista dicha exigencia. Los liberales sostienen que es el mercado el que debe hacer el reparto, como si las decisiones humanas no tuvieran nada que ver en él o debieran ser excluidas (por un ejercicio ascético, curiosamente, de refrenamiento del gobierno). Según ellos, no hay justicia distributiva. Mientras los demagogos, pseudomarxistas⁶ o de otra índole, sostienen también (en su discurso, no en sus acciones, salvo en las dirigidas a despojar a otros) que no hay justicia distributiva, que cualquier proporción es un invento ideológico, que debe haber una igualdad total o aritmética.

En tal desorientación doctrinaria, y en medio de un bullir de odios sociales, es difícil reconocer la medida conveniente. Es cierto que los académicos pueden lucir a un partido demagógico como unos privilegiados. Y como unos parásitos a un partido liberal.

Lo primero porque se concentran en la Academia unos recursos intelectuales ingentes; y porque sus miembros viven de un sueldo que se paga a cambio de un trabajo puramente intelectual y que con frecuencia no está al servicio directo de un fin práctico. Lo segundo porque los liberales no pueden entender nada si no es bajo la forma de una mercancía en venta.

Y como los verdaderos académicos saben que su trabajo nada tiene que ver con el comercio, chocan en sus enfoques o, al menos, en el contenido mismo de su actividad, con el modelo de vida de los liberales e, incluso, con sus intereses, en cuanto éstos se extienden a la manipulación ideológica, por ejemplo. Pero también es cierto que los académicos son indispensables, como se ha dicho, para la vida sana de un país; y que es de justicia atribuirles los bienes que requiere su trabajo (no sus caprichos).

Entre dichos bienes están los recursos económicos necesarios, pero también la libertad frente a intereses particulares. Esta libertad, por cierto, incluye, como en todas las entidades asociativas o corporativas, la posibilidad de asociar como partícipes de la vida propia, a quienes estén capacitados para ella; en el caso de las universidades, asociar a los profesores y estudiantes a la vida y a la corporación académica, según criterios académicos y libres⁷.

Los abusos cometidos por los pseudoacadémicos, pero —sobre todo— la indefensión de los verdaderos académicos ante la fuerza de las pasiones desatadas y la desaparición de instancias imparciales de discusión racional, nos hace temer lo peor para la Academia en Venezuela.

La masa popular está ya ganada por un discurso demagógico, aunque se noten ciertas resistencias débiles que dejan un resto de esperanza. En tal

clima, los razonamientos sutiles de los universitarios verdaderos pueden ser arrasados, para desgracia de todos. Y nadie entiende la importancia de los bienes que están en juego. Pero si hubiera una reacción oligárquica, el futuro no sería mucho más prometedor. Tanto los ricos como los pobres están lanzados en un ambiente dogmático, en el sentido platónico: están sumidos en la dóxa, y no ven, en quien los contraríe, por más razón que pueda tener, sino un miembro del partido contrario. En dicho contexto, los académicos, que piensan con libertad, que no se someten a los intereses de ninguno de los dos partidos, están a merced de la fuerza.

Los peligros que se ciernen sobre la Universidad son, pues, los siguientes:

El más obvio de todos, ahora, es la sujeción al poder político. Para comprender su gravedad, es preciso hacer algunas consideraciones teóricas e históricas. Desde que en los mundos griego y hebreo surgieron las figuras del filósofo y el profeta, las comunidades que heredaron esa diferenciación del campo social en dos dimensiones, la política y la espiritual, ya no pueden vivir sanamente⁸ si un gobernante intenta encarnar la verdad que debe buscar o representar la Academia o el profeta. Menos si ese caudillo se considera un representante del pueblo.

El pueblo no es la verdad. Pero el democratismo moderno ha hecho posible que se identifiquen voluntad general y verdad; y, también, que un caudillo pueda juzgarse la encarnación de la voluntad general y, en consecuencia, el contralor de la verdad⁹. Hoy en día, pues, y entre nosotros, puede surgir una tiranía totalitaria que pretenda, entre otras cosas, controlar la Academia.

La historia reciente pone ante nuestros ojos las terribles consecuencias de estas tiranías. Hace poco, y ante acontecimientos insólitos ocurridos en la Universidad Simón Bolívar, que son sólo el prelude de lo que puede venir, el profesor Salvatore Giardina nos decía: "Me viene a la memoria el discurso pronunciado por Karl Jaspers en la apertura de las conferencias de profesores en Heidelberg en 1946, «El espíritu viviente de la Universidad», publicado en la Revista de Occidente en 1953:

[...] La historia de nuestro espíritu se desenvuelve en este momento como un jinete sobre las aguas del lago Constanza. No parece notarse el peligro, y cuando se piensa en él se tiene que quedar aturdido. Pero lo que trae el futuro y de qué manera la Universidad ha de ocupar el lugar de la verdad en él, esto no puede preverlo ningún programa ni hacerlo ninguna organización. Probablemente este futuro del ser humano será decidido por lo que hoy hacen los individuos en la soledad y el silencio. Lo único que hoy vemos es que suben las aguas en las que todo puede quedar anegado. La catástrofe venía [antes del ascenso de los nazis al poder] de manera muy distinta de la que entonces fue predicha. En Alemania surgió un partido que la condujo a su presente anonadamiento, que sobrepuja a todos los anteriores. Una irrupción política, enérgicamente llevada y continuada por la embriaguez de la población arruinó la Universidad. En lugar de un cuerpo autónomo quedó una escuela, que había de obedecer a las órdenes de Berlín. Persistieron los puestos de Rector y Decano, pero estos cargos eran nombrados por los nacionalsocialistas. Destituciones, ascensos, cambios, produjeron un montón de ruinas, aparentemente ordenadas [...].

Pero no se piense que el peligro se da sólo en el nazismo. Existe en toda tiranía totalitaria. Veamos algunos rasgos de la soviética. En su seno, y sobre todo en la época de Stalin, pero no sólo en ella, la intelligentsia baja ocupó el espacio cultural de la élite, por la sencilla razón de que ésta no era controlable como aquélla:

A partir de 1928, el Comité Central dirige las actividades intelectuales y artísticas.

[...] El escritor, el científico, el artista, que no comparte con entusiasmo la fe, si quiere sobrevivir, debe escribir para su cajón.

Eso vale para los científicos, los ingenieros y los técnicos, para los cuales se crea una institución ad hoc, la sharashka:

una cárcel para esos especialistas, para que puedan servir al Estado con sus talentos. Es el primer círculo, descrito por Solzhenitsyn. Toda la ciencia cayó bajo el fuego de los nuevos inquisidores: " las ciencias filosóficas, naturales y matemáticas tienen el mismo carácter político que las ciencias históricas" , declaró la revista Marxismo y Ciencias Naturales [...]

Así se instaló la autocracia ideológica del Vozhd [de Stalin...].

La consecuencia de la revolución cultural fue la desaparición de la búsqueda de la verdad. Una afirmación se rechaza no en función de criterios científicos o filosóficos, sino porque contradice la doctrina oficial. [...] La historia del lysenkismo es ejemplar.

En 1932, la conferencia de genética reunida en Leningrado ordenó "poner de acuerdo la genética y el materialismo dialéctico". Se trataba, como dijo Lysenko (un joven científico sin talentos especiales, pero comunista), de repudiar a "los seudocientíficos burgueses adeptos de Weismann, Mendel y Morgan".

En efecto, "si no se admite la transmisibilidad de los rasgos adquiridos, la teoría materialista de la vida se vuelve impensable". A la ciencia "clerical" occidental se opusieron los éxitos del botanista Michurin, creador de variedades botánicas insensibles al frío o a la sequía; pero nada garantizaba la constancia de las nuevas cualidades adquiridas. Lysenko, campeón del "diamat" (materialismo dialéctico), fue encargado de gobernar la genética rusa. En 1939 una nueva conferencia decidió sustituir la genética "burguesa reaccionaria" con una "ciencia auténticamente soviética". En 1940, el gran científico Nicolai Vavilov, quien se atrevía a acusar a Lysenko de resucitar el oscurantismo medieval, fue arrestado y deportado. Todos los científicos fueron "liquidados" y los lysenkistas se apoderaron de la Academia, de los laboratorios, de las revistas¹⁰.

Podríamos extendernos más, viendo cómo fueron golpeadas otras áreas del saber o de la cultura. Pero para el propósito actual basta con lo dicho.

El otro peligro es más sutil, pero no menor. En Sócrates puede apreciarse que la vida académica no es política, pero tampoco es "privada". Hoy en día, el mundo occidental corre el peligro de perder de vista cuán importante fue en Europa el movimiento histórico que llevó a los hombres a independizarse de poderes privados, de señores feudales. Cada vez más, crecen y crecen dichos poderes bajo nueva forma, y exentos de verdadero control, y ante ellos las instituciones políticas acaban siendo juguetes sometidos al lobbying. Las grandes corporaciones empresariales de todo tipo (sobre todo las de comunicación), y los servicios de inteligencia, cada vez más controlan la vida de los pueblos, por encima o al margen de las instituciones representativas. Las universidades también están cada vez más sometidas a los intereses privados de las empresas que las financian. Veamos, sobre este punto, un resumen de un artículo de The Telegraph (del 15 de febrero), que nos facilitó el profesor Vicente de Castro en la Universidad Simón Bolívar:

Un sondeo de quinientos científicos e ingenieros, hecho por un instituto de profesionales, demuestra que uno de cada tres investigadores está dispuesto a ignorar las conclusiones de sus trabajos con tal de ganar el favor de los que financian su labor y poder obtener más fondos. El número de científicos dispuestos a comprometer la objetividad de sus datos ha aumentado desde el último sondeo de 1991, y Highfield (el autor del artículo) opina que se debe al recorte de los fondos públicos destinados a la investigación, que ha puesto a los centros de investigación más a merced del sector comercial.

El treinta por ciento de los científicos consultados admite haber alterado sus conclusiones, por diversos motivos. Un diecisiete por ciento lo hizo porque se le pidió para dar gusto a los que encargaron el trabajo. Un diez por ciento, para conseguir ulteriores contratos. Y un tres por ciento porque se le desaconsejó la publicación de los resultados. El instituto que realizó el sondeo hizo notar que la mitad de los científicos está buscando un nuevo empleo.

Por otra parte, un cuarenta por ciento de los científicos consultados opinó que la privatización del financiamiento había hecho más difícil ofrecer un trabajo independiente que tomara en cuenta los intereses públicos. Aun en los centros públicos de investigación, hoy en día, en el mundo de los anglosajones, son muchos los científicos que dependen de los fondos privados.

En todo caso, debe captarse la importancia que tiene el que haya una instancia de búsqueda de la verdad que no esté sometida a intereses particulares. Y, por tanto, que haya una institucionalidad académica que cuente con financiamiento público. Y esto no tiene por qué ser un obstáculo para la autonomía, como no lo es en el caso de los jueces, ni lo ha sido por siglos en Alemania, Italia o España recientemente; ni en toda Europa durante la Edad Media o en la América española durante la colonia, en las que la Iglesia ocupaba una posición pública.

Ante la gravedad de los peligros actuales, y en el entendido de que los bienes en juego no dependen de una declaración formal, debemos defender con toda nuestra fuerza dialéctica y con nuestras escasas fuerzas físicas, la recta autonomía de nuestras universidades. Poco importa si se incluyen en el artículo 109 de la Constitución de 1999 como “universidades autónomas” o “experimentales”. Como decía el artículo 50 de la Constitución de 1961, la enumeración positiva de derechos no puede entenderse en menoscabo de otros derechos que sean inherentes a los sujetos sociales en la situación histórica concreta en que se encuentren. No puede entenderse en menoscabo del Derecho natural¹, bien entendido.

Notas

¹ Cfr. VOEGELIN, Eric. *Order and History*. Louisiana State University Press, Baton Rouge y Londres, 1983. Volumen III, pp. 225-226. Según este autor, aunque Platón alcanzó la

diferenciación entre Espíritu y Poder, quiso siempre mantener una vinculación muy estrecha entre ambos.

² JAEGER, Werner. Aristóteles. Fondo de Cultura Económica. México, 1984, pp. 132-143.

³ En Occidente hay otra corriente de influencias. El pueblo hebreo contuvo dentro de sí, en los tiempos del Antiguo Testamento, la figura de los profetas. Ellos, con independencia de los reyes y del poder político, señalaban cuál era la voluntad de Dios. Heredera de esta tradición es la Iglesia que, sin embargo, en varias épocas ha tenido que asumir la educación, también racional, de diversas sociedades.

⁴ Cfr. CHALBAUD CARDONA, Eloy. El Rector Heroico. ULA. Publicaciones del Rectorado. Mérida, 1965. En particular, pp. 271-283.

⁵ Esta Reforma tuvo efectos muy beneficiosos también para la Universidad Simón Bolívar, como para toda la academia venezolana. Sus caracteres más relevantes fueron la insurgencia contra la dirección gubernamental o eclesiástica de las universidades; contra la estrechez de sus fines, que habían llegado a limitarse a la sola formación de profesionales; y contra una estructura demasiado jerarquizada. En este último punto, el balance de la Reforma es ambiguo. Sin duda, se produjo con frecuencia una excesiva democratización de las universidades, que puso en manos de estudiantes irresponsables la misma disciplina académica (Cfr., por ejemplo, La reforma universitaria de Córdoba, de Carlos Tünnermann Bernheim. FEDES. Colección Universidad y Post-Secundaria. Caracas, 1983, pp. 75 y ss.). Pero esto no quiere decir que, aun en este aspecto, fuera errado todo lo que anhelaron los estudiantes argentinos. Es cierto que las universidades son entes corporativos y en ellos debe tener un papel decisor todo miembro académico. Deben ponerse, sin embargo, cortapisas que aseguren el predominio del saber (no de privilegios absurdos) dentro de la institución. No es igual un estudiante universitario del Medioevo, que era un clérigo y que iba a dedicar su vida a la institución, que un estudiante de una profesión en nuestro tiempo, que está de paso por la Universidad. Parece una solución más o menos acertada la de nuestra Ley de Universidades (artículo 30), que pondera en un 25% el peso de la votación estudiantil total, en el caso de las decisiones que son tomadas en Asamblea.

⁶ El marxismo fue pensado para un contexto socio-político-económico distinto del nuestro.

⁷ Por supuesto que esto no excluye el anhelo de la accesibilidad universal a la educación, que fue también una de las preocupaciones de Córdoba. No debe haber discriminaciones de raza ni de condición social o económica, ni de ningún tipo. Pero no es una discriminación el excluir a quienes, por la causa que sea, no tengan la preparación

académica para enfrentar las exigencias de la Universidad. Y la educación gratuita es uno de los mecanismos dirigidos a lograr la accesibilidad universal, pero no el único, ni indispensable.

⁸ Como pudieron hacerlo, por ejemplo, las tribus caribes, donde la dimensión contemplativa no se había desgajado tan claramente de la política.

⁹ Esto no ocurre en una tribu: en ella el cosmos es tan obviamente un obstáculo para la voluntad del cacique que no hay peligro de totalitarismo. En realidad, el totalitarismo es un fenómeno reciente, del siglo XVIII. Nace con Helvecio y Bentham, según quienes, por una parte, el pueblo no tiene en su alma un órgano con el que alcanzar la verdad o el orden, pues según la antropología de ambos el hombre sólo puede buscar el bienestar, que consiste en la posesión de placeres físicos y la ausencia de dolores. Pero, por otra parte, el Analista es el Único que puede dictar el orden a ese material moralmente neutro que son los otros hombres. Cfr. VOEGELIN, Eric. *From Enlightenment to Revolution*. Duke University Press. Durham, Carolina del Norte, 1975, pp. 56-73. Nótese que Platón está muy lejos de estos filósofos ilustrados por dos razones: la primera, porque él piensa que todos los hombres tienen noûs, un centro de orden en el alma que los hace susceptibles de la persuasión. La segunda, que la verdad reside en unas esencias eternas que el hombre, también el gobernante, debe contemplar y a las que debe sujetarse. Pero ahora no conviene extenderse más en este punto.

¹⁰ MEYER, Jean. "De Rusia y sus imperios", p.16. Extractos del libro publicados en *La Gaceta del Fondo de Cultura Económica*. México, marzo de 2.000, No. 351, pp. 15-24.

¹¹ El Derecho natural, según Aristóteles en el libro V de su *Ética a Nicómaco* (capítulo 7), es algo variable, igual que todos los asuntos humanos, pero no sometido al arbitrio del legislador.